

construyendo la inquietud intelectual en las mujeres; en cómo el viaje y la escritura entregan su aporte a la historia de esa lucha femenina por encontrar un espacio social e ideológico en el mundo. Porque, como bien dice nuestra viajera en el capítulo XVIII (“Educación”): “La educación bien entendida de nuestros hijos, y especialmente de nuestras hijas, para no volver jamás a ser pequeñas” (164).

Este libro nos llega luego de casi un siglo de olvido, gracias a la historiadora chilena Carla Ulloa, que hace una reedición crítica del original de 1878,

publicado en Buenos Aires. Además, cuenta con un prólogo amplio y esclarecedor, escrito por la misma editora (luego de una larga investigación histórica que duró cuatro años), en el cual contextualiza a cabalidad la vida de Maipina de la Barra y el momento histórico cuando se forjó y publicó este importante testimonio de viaje. ■

ANGÉLICA GONZÁLEZ OTERO  
*Candidata a doctora en  
literatura comparada*

## Jairo Restrepo Galeano, *La marca de la ausencia*\*



A cercarse a la obra narrativa de Jairo Restrepo Galeano por primera vez es una refrescante experiencia llena de emociones y descubrimientos. Su más reciente novela, *La marca de la ausencia*, es una excelente puerta de entrada a su obra (para quienes aún no la conocen), que se ha ido consolidando a través del tiempo con premios y publicaciones que ratifican la calidad y madurez de este escritor tolimense. Sus novelas *Cada día después de la noche* (1996), *Narración a la diablo* (1998/2008), *Señales atendidas* (2012), *Soledad para dos* (2013) y *Mar (a) mar* (2013), además de varios libros de cuentos, dan fe de una carrera bruñida en el tiempo y en una elaborada “cocina de escritor”, para usar el término de Cassany.

\* Jairo Restrepo Galeano, *La marca de la ausencia*. Ibagué: Caza de Libros, 2014. Impreso. Reseña originalmente publicada en el blog *El rinoceronte ilustrado*, en noviembre de 2014. Disponible en [goo.gl/PX4pBk](http://goo.gl/PX4pBk).

Los aciertos de *La marca de la ausencia* comienzan con su título. Hoy día se cae con frecuencia en el facilismo de bautizar novelas con frases cotidianas o lugares comunes. El libro de Restrepo Galeano vale por otras razones mucho más que por su título, por supuesto. Una historia sencilla y directa entramada en una compleja polifonía de tejidos, personajes, trasfondos y situaciones de nuestro país en apretadas ciento veinte páginas.

El narrador es Eliseo Magdalena, también conocido como Jerónimo, un maduro periodista y profesor universitario que vive en Cartagena y quien realiza una investigación sobre el desplazamiento forzoso en nuestro país. Su alumna y asistente de investigación, Adriana, lo acompaña a entrevistar a Jesús Lascarro, un desplazado del Magdalena medio y sobreviviente de la tragedia de Armero. Jesús necesita encontrar trabajo como maestro, pero, por encima de todo, precisa cerrar una vieja herida de la tragedia, el reencuentro con su hija Lili, a quien perdió de vista después de ser rescatados los dos del lodo de la avalancha. La niña, en ese entonces de tres años, ha tenido un destino diferente.

Sobre este eje central, que jalona la historia de comienzo a fin, se despliega el andamiaje narrativo de la obra. Una estructura que está impregnada del más admirable manejo del lenguaje, que por momentos parece alejarse de lo narrativo y adentrarse en lo poético: “El mar respira tórrido y moderado sobre mi cuerpo, se encaja en mis ojos que lo miran”; “una vez terminada la melodía, floté como un

globo de aire caliente [...]”; “un cadáver no se define sino por su ausencia”.

La estructura narrativa es sofisticada, en forma de malla, de tejido, y a la vez circular y de doble cara, que se retuerce como una cinta de Moebius. Los intertextos abundan en la narración: sueños; relatos escritos por el mismo autor/narrador que regresan con fuerza —como aquel sobre la esclava insurrecta Lorenzana de Acereto—; evocaciones; alucinaciones; los testimonios de Lascarro sobre sus momentos angustiosos cuando se ve atrapado en el lodo de la avalancha con su hijita y cómo son rescatados por un valeroso Antonio; el testimonio también de Jesús sobre su apogeo y miseria en el corregimiento de Jesús del Río, al pie del Magdalena, una población sometida a los vaivenes de la guerra, en la que nadie puede alinearse con nadie so pena de ser acusado y ajusticiado bien sea por auxiliador de la guerrilla o de los paramilitares o del Gobierno; la entrevista con un sicario de los bajos fondos cartageneros.

Estos intertextos dan el sustrato necesario para que la historia avance de manera fluida y armoniosa. Por otra parte, quizá el gran mérito de la novela es su construcción de espejos enfrentados, de cajas chinas que se contienen una a la otra, de rostros que remiten y evocan otros rostros, de historias que se apagan allá y se encienden aquí como en el acto de magia de un gran prestidigitador. Los personajes parecen venir en duplas: Jerónimo/Antonio, Adriana/Anastasia, Adriana/Lili, Lascarro/Antonio. El uno se desvanece en el otro, el otro se funde

en el primero, en una escenografía de sombras chinescas donde el azar, el accidente, choca con el determinismo de una oscura concatenación que hace que todos los acontecimientos sean devorados en la entropía de la historia.

El lector duda, el autor sugiere, en un juego en el que uno y otro luchan por desenmarañar las referencias circulares, el *ourobouros* (la serpiente que se engulle a sí misma), el personaje que se identifica en el otro y cuyo punto de vista se desplaza de uno a otro en un remolino sin fin.

De manera paradójica, el principal acierto de la novela se convierte en su talón de Aquiles. Como en cualquier obra de creación, la cocina del escritor debe cuidar el ajuste perfecto de los ingredientes, una pizca de más en un aliño puede poner en peligro el delicado equilibrio de temperatura, sabor, textura, colores del plato. En este caso, parecería que hay un abuso de la técnica narrativa a costa de la narración pura. Hay un artificio de más,

una caja china, de las muchas, que parece excesiva; sobraría alguna de las autorreferencias, como aquella entre Jerónimo y Antonio, por ejemplo, en el juego de impostores, de quién suplanta a quién. Esta pizca de más no alcanza a dañar el plato, si bien lo deja algo recargado en una obra tan breve.

La novela, al final, sale adelante por la fuerza de la historia, por el final sorpresivo que, si bien está prefigurado, obliga al lector a volver sobre ella para explicarse por qué no se percató de él desde el comienzo (eso hace que una novela sea meritoria de por sí), por sus preciosos pasajes poéticos, por su retrato de la violencia y del desplazamiento forzoso de nuestro país, y, muy en especial, por cuanto es una demostración palpable del placer estético, del placer del texto que es capaz de brindarnos Restrepo Galeano en su obra. Buen apetito. ■

PHILIP POTDEVIN